

ABRAZO UNIVERSITARIO

Nacer en un pueblo pequeño de Extremadura en los años 60 en una familia en la que nunca nadie había tenido estudios más allá de la escuela primaria y en la que no todos sabían leer y escribir fue posiblemente el origen de mi profundo respeto por la letra escrita y de esa pasión sin límites que siempre he sentido por el estudio y por los libros. Cuando llegaron las primeras televisiones al pueblo no solo vi junto a mis vecinos (todo apiñados ante la puerta de la única casa que tenía televisión) las corridas de toros en blanco y negro, el fútbol y las canciones de Rocío Jurado, sino también algo que me impresionó: las imágenes de mayo del 68 y los disturbios de la comunidad universitaria en Belfast del 69. Mi mente infantil asoció esos disturbios, carreras y cargas policiales con la palabra *universidad* que nunca antes había escuchado. Fue tal el impacto de aquellas imágenes de violencia en mi mente infantil de niña que nunca había salido del pueblo, que me juré a mí misma que nunca, jamás, en la vida, lo juraba, nunca iría a la universidad. Ser universitario debía ser horrible, siempre corriendo, huyendo de la policía, tirando piedras o sangrando por la cabeza mientras alguien acudía a socorrerte.

Con los años, ya emigrantes en Madrid, arrastrada por la pasión del estudio y olvidando por completo aquel juramento infantil, fui la primera de mi familia en “tener una carrera”, unos estudios universitarios que, después de largas jornadas de trabajo ferroviario y quitando horas al sueño, cursé en las clases vespertinas en la Universidad Complutense de Madrid en los años 80, en plena movida madrileña, de la que no siempre fui consciente. Con mi título de licenciada en Filología Francesa tardaría aún muchos años en ejercer mi carrera, en aprobar unas oposiciones para ser profesora de secundaria y por último en llegar a la UNED. Cuando lo hice llegué como alumna a las clases vespertinas de las aulas del centro asociado de Madrid para cursar los estudios de Filología Hispánica. Allí tuve el honor de disfrutar de las clases (tan deliciosas, tan breves, tan increíblemente llenas de sabiduría) de profesoras como Ana María Freire y Ana Suárez Miramón. La pasión por el estudio y la literatura bajo su influjo se vio multiplicada hasta el infinito y una vez acabada esa mi segunda carrera,

decidí cursar los estudios de doctorado y embarcarme en la aventura de la tesis doctoral.

La guía segura de aquel viaje que duró años fue la mano firme y sabia de Ana María Freire. Los primeros pasos de aquel largo camino (trabajo, familia, obligaciones, además, seguían estando ahí) fueron duros, parecían interminables, pero una vez que entraba en el ámbito secreto de la investigación todo se difuminaba, todo desaparecía y poco a poco la luz se iba abriendo camino. Sentí la guía segura de mi directora de tesis en cada paso, en cada desfallecimiento, en cada acierto y en cada fallo, en cada duda del camino incierto de la investigación. Su experiencia, su conocimiento fueron vitales para que llegara el día en que, sin darme apenas cuenta, ya empezara a caminar sola por el sendero de la investigación. Recuerdo aquella tarde, en aquella reunión en la que Ana me soltó de la mano y me dijo que ella ya no podía decidirme nada, yo ya tenía mis propias herramientas y ya mi investigación entraba en el nuevo camino que yo acababa de abrir con su ayuda. En ese momento fui consciente por vez primera de que la investigación era eso, abrir un camino nunca antes transitado por nadie y empezar a caminar por él para luego mostrarlo a los demás. Simplemente apasionante.

La defensa de la tesis fue como un sueño. Allí, ante mí, en el tribunal, estaban los más insignes especialistas, los nombres cuyas obras tanto había consultado en el camino de la tesis. Ellos debían juzgar mi trabajo. Yo debía mostrarles el camino que había descubierto. Y allí estaban ante mí. Y yo era pequeña, muy pequeña, ante ellos. Y empecé a andar por el camino para mostrárselo y... no recuerdo nada más. Todo se detuvo como en esas películas en que se hace el silencio y empiezan a pasar las imágenes que se suceden a cámara lenta, con una suave música de fondo y que enfocan ya a la niña pequeña, ya a la defensora de la tesis, ya a los hombres sabios escuchando atentos, anotando, decidiendo... La música suave desaparece y de nuevo la imagen retoma su ritmo habitual. Los hombres sabios muestran su admiración por ese camino abierto y en la siguiente imagen la toga, la muceta, el birrete, el apretado abrazo universitario del rector y la felicidad plena de la sonrisa infinita que queda inmortalizada en la fotografía que cada día veo junto a mis libros.

Aquella niña que un día juró no ser nunca universitaria había obtenido el doctorado *cum laude*, el premio extraordinario de doctorado, y sobre todo lo que nunca imaginó, el calor del abrazo universitario. Y volvió a pisar las mismas clases vespertinas de la UNED en el centro asociado de Madrid, ya al otro lado, volcada en sus alumnos y en sus clases, tratando de transmitir lo que aprendió de aquellas mujeres sabias en la UNED.

La pasión por la investigación es demasiado fuerte, irresistible, siempre hay nuevos caminos que descubrir. Esa pasión no acabó en aquel abrazo universitario, fue tan solo el principio.

Julia Morillo Morales

